



Memoria bajo cero

NÚRIA VILA

Malmö (Suecia). Servicio especial

En 1992, la Unesco creó el Programa Memoria del Mundo para preservar el patrimonio documental que da testimonio de la memoria colectiva de la humanidad. Fue en plena guerra de Bosnia-Herzegovina, después de que el archivo de la Biblioteca Nacional de Sarajevo quedara reducido a cenizas durante el cerco de la ciudad serbia el verano de aquel año. Guerras, saqueos, comercio ilegal, la falta de recursos para su conservación y la obsolescencia del almacenamiento son sólo algunas de las amenazas a las que están expuestos tantos documentos de valor incalculable que ayudan a comprender las diversas naciones y culturas del planeta a lo largo de la historia de la humanidad.

Pero, ¿cómo se puede garantizar que ese patrimonio es inmortal? La respuesta parece estar en el remoto archipiélago de Svalbard, en el Océano Ártico, a medio camino entre la Noruega continental y el Polo Norte. En una antigua mina de carbón a 300 metros bajo tierra se encuentra el Archivo Mundial del Ártico, un búnker que nació en marzo del 2017 con el propósito de asegurar que la memoria de la humanidad esté disponible para las generaciones futuras.

Con temperaturas estables entre los cinco y los diez grados bajo cero gracias al permafrost —una capa del suelo permanentemente congelada—, el Archivo Mundial del Ártico reúne las condiciones ideales para la conservación física de los documentos durante siglos. Los impulsores garantizan una perdurabilidad de al menos

En el remoto archipiélago de Svalbard, en una antigua mina de carbón a 300 metros bajo tierra, está ubicado el Archivo Mundial del Ártico, un

búnker de marzo del 2017 con el propósito de asegurar que la memoria de la humanidad esté disponible y preservada.

R

EL REPORTAJE

El Archivo Mundial del Ártico crece y acoge los primeros documentos procedentes de España

500 años. Se trata de Piql, una empresa especializada en el almacenamiento de datos a largo plazo, que se ha aliado con Store Norske, compañía minera noruega de titularidad estatal, que busca nuevas funciones para sus minas ante el declive del negocio.



El director general de Piql y fundador del Archivo Mundial del Ártico, Rune Bjerkestrand, explica a *La Vanguardia* que se inspiró en el Banco Mundial de Semillas, ubicado también en las Svalbard, que tiene la misión de proteger la diversidad de cultivos

de todo el mundo para poder recuperar en el futuro aquellos que hayan desaparecido por catástrofes naturales o guerras.

Donde los datos viven siempre

“Pensamos que sería interesante desarrollar una solución similar

El futuro. Piql, nacida en Noruega en el 2002, ha desarrollado una película de 35 mm, el piqlfilm, que permite retener datos durante siglos. A la derecha, su director, Rune Bjerkestrand



ARCHIVO MUNDIAL DEL ÁRTICO



LA VANGUARDIA

el poco oxígeno en el interior de la mina son perfectos para el almacenamiento a largo plazo de la película.

De Dante a Pelé

El Archivo Mundial del Ártico se inauguró oficialmente en marzo del 2017, con el depósito de documentos de los Archivos Nacionales de Brasil y México, y los Archivos Digitales Intermunicipales de Noruega. Incluye documentos históricos administrativos, pero también obras de arte, como el manuscrito digitalizado de la Divina Comedia de Dante

La tecnología avanza tan rápido que el sistema para almacenar datos digitales puede quedar obsoleto

para almacenar y preservar la información irremplazable del mundo, una especie de Arca de Noé de la historia de la humanidad”, comenta Bjerkestrand, que alerta de que uno de los riesgos actuales es que la tecnología avanza tan rápidamente que los sistemas de almacenamiento de datos digitales pueden quedar obsoletos en poco tiempo, haciendo que los datos sean irrecuperables.

Piql, nacida en Noruega en el 2002, ha desarrollado un soporte físico que consiste en una película de 35 milímetros, el piqlfilm, que permite retener datos durante siglos, algo que no puede garantizar ningún formato digital actual. Los datos, físicos o digitales, se pasan a la tradicional película de celuloide mediante un sistema que los transforma a imágenes similares a los códigos QR y que pueden ser leídos directamente de la película. Así, utilizando un medio de almacenamiento autónomo y tecnológicamente independiente, Piql asegura que las generaciones futuras podrán leer la información.

Almacenamiento seguro

Una vez convertidos los documentos a un formato perdurable en el tiempo, existe la posibilidad de salvaguardarlos físicamente. La Mina 3 de Store Norske, en Longyearbyen, se abrió por primera vez en 1984 para albergar la primera versión del Banco Mundial de Semillas, y desde el 2017 acoge el Archivo Mundial Ártico. Según Bjerkestrand, Svalbard es la ubicación ideal: es un lugar muy remoto y muy estable tanto geológica como geopolíticamente; además, el clima ártico con permafrost, la baja humedad, la oscuridad y

Alighieri procedente de la Biblioteca del Vaticano, pinturas, películas ganadoras de Óscar, mapas históricos, e incluso partidos de fútbol de la selección de Brasil. “Pelé está depositado en el archivo”, apunta Bjerkestrand.

Aportación española

El Archivo Mundial del Ártico cuenta desde esta semana con documentos procedentes de España, depositados por la Fundación Felipe González y la Diputación de Barcelona en un acto en el que también participaron el Museo Nacional de Noruega, la Agencia Espacial Europea y la Organización Europea para la Investigación Nuclear (CERN).

Entre los documentos aportados por la Fundación Felipe González se incluyen, por ejemplo, transcripciones de reuniones secretas durante la transición entre los servicios secretos y unos jóvenes Felipe González y Alfonso Guerra, líderes del entonces ilegalizado PSOE, así como documentos que testimonian la vida en la Moncloa en los primeros años de democracia, como fotografías y cuadernos de notas del presidente. Todos ellos ya son accesibles de manera universal desde el gestor web de la fundación; a partir de ahora, protegidos del deterioro del paso del tiempo, quedan disponibles también para las generaciones del futuro.●



Rocío Martínez-Sampere

Explicar que te vas de viaje al Polo Norte llena muchas conversaciones. Es de lo poco exótico que queda en un mundo dónde viajar, sea por Ryanair, sea por un cambio cultural, ha dejado de ser un bien exclusivo de una minoría. Tengo amigos, muchos, a los que no he visto jamás interés alguno en la montaña, los deportes de aventura o las experiencias extremas, que afirmaban que ese sería uno de los viajes de su vida. Mi madre también me dijo que ver auroras boreales era uno de sus sueños incumplidos. En fin, que la expresión ¡qué suerte! es la que recibo sin parar cada vez que no me resisto a contar esta historia –que no me resisto.

Barcelonesa practicante del *arròs* en la Barceloneta los domingos y fanática del terraceo, debo confesar, en cambio, que no hubiera sabido colocar Svalbard en el mapa antes de recibir esta invitación. Confieso también que durante semanas me he preocupado básicamente de recopilar ropa que aguante la franja de los -20 a los -40 grados. Sergi Mingote, presidente de Onat, ha sido mi salvador. Amigos políticos en tiempos difíciles, cuando él era alcalde de Parets del Vallès y yo diputada en el Parlament. Sólo una llamada y apareció en la estación de Sants con una maleta gigante de ropa que él mismo usa para ir al Everest con su fundación de inclusión social. Ver a Sergi después de tanto tiempo fue un confort más allá de la maleta, el confort de ver a toda la gente, la más cercana, que tuvo que dejar la política y ha sabido no sólo triunfar en la vida privada, sino hacerlo con un fuerte compromiso cívico. Es una satisfacción extraña, que no sé explicar o tardaría demasiado en hacerlo.

Sea como fuere, las expresiones de envidia sana se olvidan rápido al intentar pasear 5 minutos por este paisaje de hielo al que tardamos más de 12 horas en llegar. El frío feroz del exterior se contraponen a una especie de ritmo caribeño que planea en los interiores. Familias con niños leyendo, amigos charlando largo y tendido, amabilidad constante, hospitalidad de refugio. Ritmo caribeño que te obliga a pensar, como cada vez que te alejas del cemento urbano, en la absurdidad de una parte de nuestro estrés cotidiano.

Asimilas la vida en el hielo más rápido de lo que uno hubiera podido esperar en una tierra que tiene más osos polares que habitantes y que en las tiendas –pocas– venden rifles al lado de los anoraks. Normalizamos todo con una rapidez sorprendente. Y no han pasado ni 24 horas cuando el paisaje deja de ocupar espacio y lo va ganado el motivo del viaje. Me despierta un watsapp de María González, impulsora de la fundación: “¿Os dais

R. MARTÍNEZ-SAMPERE, directora de la Fundación Felipe González

Descongelar el pasado



En ruta. Los trineos conducen a los visitantes por el hielo.



La mina. Martínez-Sampere, en la mina de carbón



Documento. Foto de una cumbre iberoamericana

cuenta que hace apenas tres años los papeles se pudrían en un sótano y hoy no sólo están al alcance de un click, sino que el archivo mundial se interesa por ellos?”.

No hemos bajado a una mina de carbón en mitad del Ártico sólo porque Piql se haya interesado en nuestro archivo. Tampoco porque sea la primera vez que una institución española –junto a la diputación de Barcelona– esté presente en una iniciativa como esta junto a otras instituciones como la Biblioteca Vaticana o la agencia espacial europea. No. Congelar en el hielo papeles que son una muestra de la historia política de España es una buena manera de empezar a descongelar nuestra memoria.

Cuando hablamos de poner en valor nuestro pasado, solemos centrarnos en almacenar y digitalizar. Pero si no ampliamos el debate estaremos infravalorando la dimensión más importante: la memoria entendida como servicio a la ciudadanía. Si los ciudadanos del presente deben poder encontrar y acceder a su historia, los del futuro deben poder hacerlo también. Por eso, tan importante como la trans-

parencia y la catalogación de los documentos lo es la preservación digital a largo plazo. La iniciativa del archivo mundial nos permite poner este debate en agenda y usar el altavoz del Ártico para reivindicar nuestros deberes cívicos.

Estuve 48 horas en el hielo. Bajé a una mina de carbón, fui en trineo, comí reno y ballena, conocí gente muy interesante. Congelamos unos papeles que relatan parte de nuestra historia democrática para descongelar un debate importante para nuestro futuro. Vinimos hasta el polo norte para reivindicar una vez más las palabras de Franklin D. Roosevelt cuando decía que “para reunir los registros del pasado y alojarlos en edificios donde serán conservados para el uso de hombres y mujeres en el futuro, una nación debe creer en tres cosas: se debe creer en el pasado; se debe creer en el futuro, se debe, sobre todo, creer en la capacidad de su propio pueblo de aprender del pasado para ganar en el juicio de la creación de su propio futuro”. Si hoy somos unos pocos más los convencidos por estas palabras, el viaje hasta el hielo habrá merecido la pena.●